

NUMERO SUELTO

10 cts.

PUNTOS DE VENTA.

Cigarreras Moates, Portal Fernandos, Botica de Garcia, Cañadilla, Cigarreras de Contreras, Viejo de San Diego, Cigarreras de R. Reyes, plaza de San Agustín.

El Barbero

Periódico semanal, pelador, de buen humor, caricaturero i libre hablador.

Director i propietario: D. GAJARDO

REPARTO A DOMICILIO

Por mes \$ 3 00
Por semestre " 3 00

FOR CORREO

Por trimestre 150 a provincia exterior en todas las agencias del Ferrocarril.

OFICINA CENTRAL

Imp. Bnders, 74.
Se admiten artículos por correo urbano, sin cargo de devolución si no se publica.

AJENTES

EL BARBERO.

VALPARAISO.—Señor Plácido R. Silva.
MELIPILLA.—Señor Francisco Javier León S.
RANCAGUA.—Señor Santiago Rojas A.
COPIAPO.—Señor Manuel del Pierno.
TALCA.—Señores Adobar Hornos.
SAN FERNANDO.—Señor Máximo Silva.
BENGO.—Señor José Avelardo Vergara.

PUNTOS DE VENTA EN VALPARAISO:

Dulcería Chilena, calle de la Victoria núm. 257.
Estanquillo núm. 3, calle de la Victoria, frente a la estatua Colón.

新 報 家 家 家 家 家

SANTIAGO, NOVIEMBRE 29 DE 1879.

TRIUNFAR I VIVIR.

La guerra antigua la hacían todos los pueblos del mundo bajo la conocida divisa—triunfar o morir.

O tomar la victoria con las manos, o sucumbir al pié de la bandera.

Las costumbres guerreras han variado un poco de aquellos tiempos acá, i al presente la divisa común de los ejércitos es—triunfar i vivir.

Desde que se inventaron los hospitales de campaña llamados Ambulancias, ningún vencedor, por herido que se encuentre, piensa en morir. Todos piensan en la ambulancia i en salvar el número uno para aprovechar en esta vida el fruto de su trabajo.

Indudablemente, gran decepción debieron experimentar nuestros valientes soldados heridos, cuando después de la toma de Pisagua, del combate de Agua Santa i de la batalla de Dolores, se encontraron en las antiguas condiciones de triunfar o morir. Ni una sola ambulancia. Los heridos tenían que viajar a Antofagasta, a Caldera, a Valparaíso o aun al mismo Santiago, llegando con las piernas i los brazos podridos a buscar un lecho de salvación que, casi en jeneral, ha sido para ellos un lecho de tormentos i de muerte.

En todo se había pensado ménos en un cuerpo de cirujanos i un servicio siquiera provisorio sobre el mismo campo de batalla.

Todos iban a triunfar o morir a lo espartano, o a lo perro. Lo sabían, i sin embargo nadie dejó de bañarse i bañarse como leones, ante la seguridad de no ser socorridos al caer.

Pero con lo que no contaron ni se les pudo jamás ocurrir, fue con que después de caer habrían de alzarles en parihuelas i embarcarles i sacudirles en un duro camarote durante cinco o seis días de navegación, sometidos a todos los dolores i tormentos de la desatención mas completa hasta ponerles en un hospital a 800 leguas de distancia, con la seguridad de morir bajo la acción de la gangrena, no impedida a tiempo.

En fin, la chambrona del primer ensayo está remediada ya i la atroz experiencia de lo sucedido ha servido de lección para que los heridos de los nuevos combates no sufran lo que sufrieron los primeros.

Se ha establecido ya en Pisagua un hospital de sangre, i los valientes a quienes toque la fortuna da recibir un balazo, no se verán forzados a repetir aquel diálogo sempiterno de los que cayeron en los primeros combates, al subir a las parihuelas:

—¿Está mui léjos el hospital, compañero? Ahí me mata el dolor de esta pierna destrozada!

—El hospital? No está mui léjos. Está en Valparaíso.

—No tendré fuerzas para llegar: moriré en el camino...

—Entonces elija quedarse de paso en Caldera o Coquimbo.

El herido no tenía mas que bajar la cabeza i pensar siquiera en la triste felicidad de que el suelo de la patria recibiese sus huesos, cuando no los recibiese la boca de un tiburón.

Lo que es ahora, empezarán recien a triunfar i vivir a la moderna.

HARTOS DE VENCER.

Qué horror!

Ni siquiera una pequeña derrota, un contraste, un miserable siniestro de tierra o de mar en esta larga guerra de nueve meses, en que todo ha sido triunfos sin la variedad de un solo contratiempo.

La victoria también tiene su monotonía. Siempre triunfantes, nunca vencidos. No estamos espuestos, siguiendo así, a que nos llegue la hora del espín!

Punta Gruesa, Punta Angamos, Pisagua, Dolores, Iquique, todas son glorias. Media docena mas como estas, i no será nuestro orgullo saco bastante para contentarnos.

Queremos agrandar nuestra escuadra, i sin mas que estirar la mano, traemos a nuestro bolsillo toda la escuadra peruana.

Queremos que el Perú nos entregue un pedazo de su territorio como prenda de la deuda de indemnización, afirmamos el pié en sus playas i tenemos a Tarapacá.

Mañana queremos tener a Lima, i lo tendremos con solo abrir la boca.

Nada resiste; todo abre las puertas a nuestros soldados apenas se presuntan.

No hai enemigo bastante poderoso para contrarrestarnos.

El único enemigo que, está visto, podrán hacer algun daño a los chilenos, son los chilenos mismos, i fuera de ellos no se le ocurre a nadie ese honor.

Se preguntará cómo pueden los chilenos hacer la guerra al ejército de Chile; i la res, esta no consiste sino en achalar las trajes de los que éste ya ha sido víctima de sus propios hermanos.

En Iquique perdimos la *Esmeralda* porque la dejamos de cabo a la sorpresa del enemigo.

En el mar perdimos el *Rimac* porque le enviamos espesamente a i sabiendas para que cayera en poder del *Huáscar*.

En Pisagua perdimos centenares de heridos por no haber llevado ambulancias.

Así sabemos vencer fácilmente a los estranos, pero sabemos también fácilmente ponernos en peligro a nosotros mismos. No se diría sino que Chile, siempre vencedor, no admite el vencimiento, sino haciendo el disparate de volver hostilidades contra sus propios soldados.

Por ejemplo: entregarnos como entregados del *Rimac* al enemigo, o dejar morir

en la playa a sus heridos sin socorrerlos, o socorrerlos mandándolos a curarse a mil leguas de distancia.

Entonces no hai que estranarlo. El día que llegue la noticia de que Chile ha sido vencido, puede creerse con seguridad de que son sus propios hijos quienes le han aporreado.

No hai enemigo capaz de aporrearlo, a no ser él mismo.

LO QUE FALTABA AL PERU.

Llegan las cosas en el Perú al punto a que forzosamente tarde o temprano debían llegar.

Los hombres, vencidos por todas partes, ceden su lugar a las mujeres.

Las mujeres se amotinán, invaden las casas de las señoras chilenas, las maltratan i las arrastran a la policía.

La fuerza pública, siempre los peruanos, hacen el último esfuerzo por conservar los calzones, i tratan de impedir los desastres de las mujeres.

Pero las mujeres los acometen, les arrebatán los fusiles de las manos i se los quiebran a palos sobre las cistillas.

Bravas las cholitas, ¡por qué no han de darselas el placer de comer chilenas, como sus compañeros masculinos asaron i comieron la carne de sus presidentes!

La autoridad se baja también los calzones i ordena no oponerse a las bucanales de las mujeres. Se les entrega absolutamente el campo.

Es que ha concluido la parte seria del espectáculo i principia el zaineta.

El Perú está hoy en pieno ridículo.

Inutilizada su escuadra, vencidos i despedazados sus ejércitos, era tiempo de que confesase su debilidad i pidiese la paz. Pero sus hombres de estado, han preferido renunciar el carácter de hombres i han entregado la situación a las mujeres, entregando la misión de salvar al Perú.

¿Se encontraría en cualquier otro país un ridículo semejante?

Disparando una cuantos tiros, los peruanos abandonaron a Pisagua, luego se retiraron de Iquique sin combatir, i antes que el ejército de Chile se aproximara a Arica i Tacna, su segundo cuerpo de ejército ha puesto piés en polvorosa.

Los peruanos no combaten. Solo saben huir.

Se tirarán de los pelos las repúblicas de San Marino i de Andorra, cuando vean que pudieran conquistar al Perú con solo darle un bufido.

No podemos negar que Chile ha ido allí con conocimiento de causa i que nunca le inspiró recia la resistencia del Perú.

Una nación que arroja las armas ante el enemigo i concluye por confiar su defensa a sus mujeres, no merece seguramente tener como suyo ni un palmo de suelo en la superficie de la tierra.

El Perú no es nación.

Ha caído en el último grado del ridículo, i los aliados que hubieran podido conquistarle una digna desgracia, va a enajenarlos para siempre la carcajada que lanzará el mundo al saber cómo ha respondido a esta guerra.

SOLICITADA.

Señor HERNANDEZ:
No ha sido usted justo en la manera

como ha tratado a los tinterillos, ni era posible exigir plena justicia de personas que pretenden hacerla con la tijera i la navaja.

Al afeitar i pelar a los tinterillos, usted nos ha dejado afeitados, con media barba rapada i la otra entera i con media cabeza llena de tijeratazos, i disparajos.

Hemos quedado verdaderamente hechos un torpedó despues de su explosión. ¿Cree usted que existen los tinterillos i causan tan graves daños como los que ha señalado, sino existiesen, como cómplices tácticos de ellos, una pila de auxiliares que los fomentan i contribuyen a hacerlos subsistir?

Vamos a ver si usted no concluye por convenir en que maldita la justicia que ha hecho, jahonando a esta especie de editores responsables i dejando en la sombra a los que los alientan.

En primer lugar, ningún tinterillo se meto en honduras para manejar un pleito, sobre asuntos en que se trata de desnudar al prójimo, sino tan solo en los puntos de mera tramitación. Cada tinterillo tiene a su alrededor media docena de abogados con quienes se consulta i a quienes interesa en una parte de la presa. Entenderá usted que no habla de abogados-jentes, sino de otra pila que, no teniendo quien los ocupa por su buena reputación, echan a los tinterillos a caza de pleitos.

Estos, como los mozos de hoteles en las estaciones de ferrocarril, se colocan a la puerta de los Tribunales i ofrecen a los pasajeros a sus abogados.

Abogados conoce todo el mundo, i son ellos los únicos que no se conocen, que solo viven de esta manipuleo, de los frutos bastardos de este comercio con los tinterillos, i sin necesidad de buscarlos mucho, se tropiezan con ellos hasta desempeñarse puestos públicos de la confianza del Estado.

¿Cómo es entonces que usted echa toda la carga sobre los tinterillos i les arrastra la badana, sin tomar para nada en cuenta a sus cómplices?

Quedará usted convierto entonces de haber cometido la injusticia que le he refregado.

I todavía no es nada. No son los abogados sin pleitos los únicos favorecedores del tinterillo i p. r. retruque, del jurero.

El tinterillo a quien poco le falta para instalarse día i noche con omras i bagajes en los corredores de los Tribunales, tiene sus relaciones íntimas i muy productivas en algunas de las secretarías. Se gana a uno o mas escribientes por el sencillísimo medio de la invitación a beber una copa o a asistir a un fandango de jeníe de trueno, i, por supuesto, adivina, presiente i conoce a tiempo hasta los pensamientos de la parte contraria. Ahí se carga hasta la boca el torpedó.

Por último, el tinterillo está en contacto casi continuo con los jueces, a cuya presoucia concurre frecuentemente, ya en persona, ya por medio de escriba que le constituyen en un parroquiano permanente de la justicia.